

*En aquel tiempo, Jesús dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Acláranos la parábola de la cizaña en el campo». Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego, así será al final de los tiempos: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».*

Jesús había hablado a la multitud en parábolas, y sus discípulos le pidieron que explicara una de ellas, la parábola del trigo y la cizaña. En respuesta a su solicitud, Jesús les aclara el significado de la parábola.

Jesús nos recuerda que vivimos en un mundo donde el bien y el mal coexisten. Pero lo más importante es que el juicio final está en manos de Dios. Dios es paciente y misericordioso, dando tiempo a todos para que se arrepientan y cambien sus caminos.

Pero también nos alerta sobre la responsabilidad de vivir nosotros una vida recta y justa, de ser buenos testigos del Reino de los Cielos en la tierra.

Recordemos siempre que somos ciudadanos del Cielo. El Cielo, por definición, es donde habita Dios. Cuando tú aceptas a Cristo en tu vida, cuando tu corazón, tus planes, tus sentimientos, tus pensamientos y tu vida entera son para gloria de Dios, eso te transforma a ti mismo en un pedazo de Cielo en la tierra.

Pidamos al Espíritu Santo mantenernos firmes en la fe, valientes en medio de tanta cizaña de dificultades, contradicciones y persecuciones, confiando en que al final, vencerá el bien, porque el juicio definitivo es solo de Dios.